

Raúl Fradkin y Jorge Gelman, *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires, Edhasa, 2015, 475 páginas.

¿Qué más puede decirse sobre Rosas? Así comienza esta obra, con un interrogante que dista mucho de ser puramente retórico. Raúl Fradkin y Jorge Gelman narran la vida de Juan Manuel de Rosas; sin lugar a dudas, uno de los personajes más influyentes y polémicos de la historia argentina. A causa de ello, son numerosísimas las biografías que se han escrito previamente retratando la semblanza de este líder federal y de quien fuese gobernador de Buenos Aires por casi veinte años (1829-32 / 1835-52). El género biográfico había quedado hace largo tiempo relegado de la disciplina académica por su inclinación a construir una suerte de relato hagiográfico fomentando el culto a las grandes figuras y obviando, sin problematizar, el análisis de los personajes históricos en sus respectivos contextos sociales. Por ese motivo, la colección *Biografías Argentinas* de la editorial *Edhasa*, representa una verdadera bocanada de aire fresco. Los títulos que la constituyen, en manos de grandes especialistas, reflejan una renovada manera de encarar el género biográfico. Y la reciente aparición de “Juan Manuel de Rosas” representa con fidelidad una nueva tendencia por comprender la importancia del estudio de la vida de los grandes personajes sin perder de vista el entorno social que los constituyen. En ese sentido, Fradkin y Gelman señalan la distancia, en la vasta literatura preexistente, “entre la vocación por el detalle para abordar las más diferentes facetas y momentos de la acción política de Rosas frente a lo rudimentario del conocimiento producido sobre la sociedad que produjo al rosismo”. Allí radica el carácter disruptivo del nuevo libro, el que viene a subsanar esa llamativa desproporción historiográfica entre el personaje y su contexto. Pero esta obra también es bienvenida, porque la última biografía de importancia elaborada sobre Rosas por el historiador británico John Lynch está cumpliendo más de treinta años, y bien sabemos que en el transcurso de ese lapso nuestra disciplina se ha renovado completamente. En definitiva, la flamante biografía representa la mirada más actual sobre el fenómeno del rosismo y su época, mientras constituye la condensación de muchos años de investigación de sus respectivos autores. Intentaré, entonces, dar cuenta de los aportes más importantes del libro evitando hacer una descripción resumida de cada capítulo que lo compone; sus casi quinientas páginas disuaden del intento.

Ante la premisa -extendida por buena parte de la historiografía- que pretende ver a Rosas como a un poderoso caudillo terrateniente cuyo ascendiente se generó gracias a sus ejércitos integrados por una peonada feudal fiel y obediente, Fradkin y Gelman demuestran que el ascenso en el ámbito de la política del joven Juan Manuel debió mucho más a una versada y eficiente carrera al interior de la estructura miliciana rural que a su condición de importante hacendado. Incluso, hacia 1820, los estancieros aún no actuaban de manera corporativa ni componían indisputadamente la cúspide de la jerarquía social (con predominio aún de los comerciantes). Ese ámbito rural tampoco habría estado constituido por un sistema monoprodutor de ganado y, aunque pudieron existir fuertes variaciones regionales, la agricultura y los medianos propietarios tuvieron una participación muy significativa. Cuando en 1829 la población de la campaña se levantó en masa contra Juan Lavalle y sus tropas unitarias, dicho movimiento habría tenido motivaciones espontáneas y Rosas sólo lograría encuadrarlo, con bastante dificultad, tardíamente. Esta situación evidencia el rol activo y permanente del cabecilla federal en la construcción y reconstrucción de su liderazgo –de allí el sentido del título de la obra- en un ámbito donde no gozaba de preeminencia a priori. Inclusive, muy alejado de la imagen que algunos estudiosos proyectaron sobre las célebres *Instrucciones a los mayordomos de estancias* que redactó en su juventud, Rosas ni siquiera habría logrado mantener una autoridad incontestable entre sus propios peones, con los que debió negociar permanentemente y tolerar comportamientos desapacibles.

¿Fue Rosas un representante de los terratenientes o más bien un defensor de las clases populares? Esa dicotomía, labrada por interpretaciones divergentes de la historia, no representa ni de forma verosímil un pasado ciertamente más complejo. Lo que habría definido, según Fradkin y Gelman, el *leitmotiv* de las acciones del Restaurador no se resume ni en la defensa a ultranza y sistemática de las clases propietarias ni de las plebeyas, sino en la construcción permanente de un orden social y político. Por ese motivo, su gran olfato le indicaba la conveniencia de la plasticidad: coyuntural y alternativamente, se apoyaría más en unos sectores sociales o económicos, que en otros. Así como se sostuvo, por ejemplo, en los sectores populares para disciplinar los movimientos insurreccionales de 1839/40 (Libres del Sur y conspiraciones en Buenos Aires), incluso poniendo a raya a las élites rurales y urbanas, en otros contextos obró en el sentido inverso (aplastamiento a la revolución de Manuel Págora en 1820).

Existe una interpretación muy extendida y aceptada de que el Restaurador habría sido federal en los papeles pero centralista en la práctica. Los autores fundamentan con solvencia la ausencia de contradicción entre su porteñismo y su perfil federalista. La defensa de los intereses de la provincia no iba necesariamente en menoscabo del sistema federal que compartía con otros líderes provinciales. Aunque también vale advertir que Rosas no llegó al federalismo por doctrinarismo sino empujado por situaciones circunstanciales; se inclinó por el partido federal recién hacia 1826, momento en que los unitarios pretendieron fragmentar la provincia de Buenos Aires perjudicando los intereses de los estancieros. Años más tarde, lograría extender un casi indiscutido dominio entre el resto de las soberanías provincianas, siendo por ello tildado de unitario, paradójicamente, por los mismos unitarios en el exilio. En el fondo, el gobernador bonaerense no dejaba de hacer todo lo que estaba a su alcance para debilitar a sus enemigos y defender la jurisdicción a su cargo, y entendía que el modo más eficaz para lograrlo era extendiendo su influjo y concentrando su poder.

Quisiera presentar también algunas críticas a la obra, las que podrían sintetizarse en los siguientes dos puntos. El primero de ellos nos remite a una suerte de desproporción entre las partes que la componen. Si bien la importancia de la vida pre-gubernamental de Rosas es fundamental para comprender la totalidad y la complejidad del personaje en la etapa consecutiva, no obstante recién a partir de la página 202 (casi en la mitad del libro) se comienza a elucidar su primer mandato como gobernante. De forma mucho más breve se analiza el "otoño" rosista, es decir, los últimos 7 u 8 años de su gestión. No obstante, habría que admitir que ese "bache" es una cuenta pendiente de la historiografía argentina en general. Y también, señalar que la explicación sobre el surgimiento de Rosas y la construcción temprana de su liderazgo miliciano-rural constituye uno de los puntos más altos y originales del trabajo.

El segundo punto se refiere a la llamativa ausencia de la violencia. No me refiero a la personalidad violenta que pudo o no haber tenido Rosas como individuo, sino a la violencia (física y verbal) como fenómeno político y como parte constitutiva e integral de la vida social de ese momento. En la misma línea, poca referencia existe en relación a la guerra, omnipresente en ese tiempo como consecuencia de, como lo señala Jorge Myers, tratarse de un régimen que se sostenía en la beligerancia permanente. Esta visión "aséptica" del rosismo difuminaría el rol del Restaurador en la consolidación de un régimen excluyente sin resquicios para la disidencia, en la instrumentalización de la

Mazorca para disciplinar a los encumbrados sectores urbanos (y otros mecanismos para aleccionar a los de raigambre popular). Pero también, con el empleo de los ejércitos para reprimir e imponer la causa federal (como los comandados por Pacheco y Oribe en las campañas al interior) o con su responsabilidad en el fusilamiento de indios en Retiro, entre otros ejemplos. No se pretende regenerar la imagen de tirano sangriento que propaló la *intelligenza* unitaria desde el exilio y más tarde la historiografía liberal, sino nuevamente y en consonancia con la propuesta de los autores- de entender al personaje en su contexto (sin por eso condenarlo ni justificarlo). Para ello, eludir al fenómeno de la violencia y escindirlo de la figura de Rosas puede representar más bien un escollo.

A pesar de las críticas recién aludidas, quisiera dejar en claro que el libro representa no sólo un formidable y estimulante trabajo sino que permite adentrarnos en el universo de Rosas a través de una comprensión cada vez más precisa y cabal del momento histórico, del contexto y de la sociedad que lo respaldó y lo hizo surgir. No podrá analizarse, a partir de ahora, al personaje ni a la época sin considerar esta nueva e ineludible referencia biográfica.

Ignacio Zubizarreta  
Universidad de Buenos Aires - Instituto Ravignani-CONICET / Universidad  
Nacional de La Pampa